

— 67 —

*Mío Cid, por grandeza de ánimo y acendrada
fe cristiana, mereció especial amparo
de la Divina Providencia*

I

Osadía con atenuantes

La plena consagración a un cargo imprime carácter y contribuye a formar una mentalidad especialmente dispuesta para atenderlo, pero progresivamente deformada para actividades intelectuales de rumbo distinto.

Acaso por vocación e inexorablemente por obligación, mi sino es rendir el máximo esfuerzo posible en el ámbito de la vida administrativa local, que cada día comporta nuevos afanes, que requiere experta e incesante captación de las exigencias de los nuevos tiempos, que reclama dinamismo vibrante enderezado al futuro, que impone ágil improvisación para zanjar problemas y que demanda rápido análisis de documentos, expedientes, proyectos e informes a fin de no frenar las fórmulas vitales de interés colectivo.

Con los postulados de la esfera local se avienen mal el sentido estático de la existencia, la paciente y meritoria labor de investigación histórica y la observación reposada de hechos pretéritos para determinar su alcance y consecuencias, pues como la mirada ha de otear siempre el porvenir, se pierde el hábito de dirigirla al pasado.

Después de lo dicho no podré sentirme dolido si alguien, con justa razón, censura la osadía en que se ampara el presente trabajo, pero en descargo de la propia conciencia, he de alegar una circunstancia atenuante de acusada transcendencia.

El erudito investigador y notable publicista de temas históricos, D. Ismael García Rámila, Secretario Perpétuo de la «Institución Fernán

González», guiado de su bondad y en prueba de cordial amistad, a la que de corazón correspondo, me pidió, hace breves días, una colaboración para el número extraordinario del Boletín corporativo que la Academia Burgense de Historia y Bellas Artes proyecta editar para exaltar la memoria y hechos insignes del burgalés de pro, Mio Cid Ruy Díaz.

A tan amable como honrosa invitación yo no podía negarme.

La empresa resultaba, para mi, hartamente esforzada, pero ninguna de las que acometió el gran Campeador dejó de serlo en grado superlativo y si yo podía contribuir a cantarlas, siquiera en tono menor, no tenía derecho a abroquelarme en las dificultades del caso para silenciar al héroe castellano, y a la par, subestimar la gentil deferencia del amigo que tanto me ha honrado al suponer aprovechable mi aportación.

Creo sinceramente que nada nuevo e inédito puede decirse del Cid Campeador, pues su figura ha sido descubierta, vista, contrastada y reafirmada desde todos los ángulos de observación retrospectiva. Los magistrales estudios de Ramón Menéndez Pidal confirman el aserto.

Pero la repetición no fatiga cuando el recuerdo gira en torno a un ser excepcional que haya dejado imborrable estela en el proceloso mar que arrastra hacia el infinito a la agitada humanidad.

Rodrigo Díaz de Vivar fué encarnación viva del ideal hispánico, símbolo de las virtudes de la raza, héroe que superó las proezas legendarias, forjador de la mejor historia nacional, espejo de campeones, modelo de caudillos, ejemplo de adalides, norte y guía de triunfadores, ideal de valientes, prototipo de señores, dechado de bondades, pebetero de noblezas y paladín de la fe cristiana. Su vida, por ende, es campo inagotable que permite espigar en cualquiera de sus facetas sin temor a que el retorno cause tedio a quienes hayan saciado el afán de conocerla.

Pero quizá el aspecto que admita mejor la falta de originalidad en el estudio de tan singular figura sea el referente a su plena confianza en los designios de Dios.

Ruy Díaz fué creyente tan recio y sincero que mereció de por vida, una especial protección de la Divina Providencia, ya que sin amparo tan evidente, hubiera formado parte de la inmensa falange de hombres fuertes que yacen en el olvido de la noche de los tiempos.

En nuestro análisis sólo nos conducirá un auténtico y competente guía, el notable historiador Lope García de Salazar, banderizo de las Encartaciones del Señorío de Vizcaya, autor de la famosa obra «Las Bienandanzas e fortunas», códice del siglo XV, de excepcional interés para el conocimiento de la vida social de la Edad Media.

Lope García Salazar dedica la mayor parte del Libro XV a narrar los hechos del Campeador y lo divide en Títulos que llevan los siguientes epígrafes:

«Del Linaje y grandes fechos del buen Cid Ruy Dias de Vivar».

«De las batallas que venció el buen Cid e de sus causas».

«De como el Cid Ruy Dias fué ayrado del Rey e como salio de Reyno».

«De como gano el Cid Ruy Dias la çibdad de Valencia e las villas de ella».

«De como el grand Soldan de Persia enbió sus embaxadores con grandes presentes al buen Cid Ruy Dias e la causa dello».

«De las preguntas que el mensajero del Soldan fiso al almoxarife del Cid cuando se espantó de la de su vista».

«De como los condes de Carrión casaron con las fijas del Cid e las de son razón por que fueron reutados e muertos por ello».

«De como el Cid se fué a las Cortes de Toledo sobre el reuto de los Condes de Carrión e de sus fijas e de lo que sobre ello se dise».

«De la tercera demanda que el Cid fizo a los Condes de Carrión sobre lo de sus fijas».

«De como el Cid llamó alevosos a los Condes de Carrión e de las palabras e contiendas que sobre ello se leuataron entre los del Cid e de los de Carrión».

«De las palabras que Ordoño sobrino del Cid dixo al Conde Diego González».

«De la puñada que Pero Vermudes dió al Conde Garcia Ordoñes».

«De como el Rey don Alonso se fué a Carrión a ponerles el campo por que los Condes no veían al plazo».

«De la muerte del buen Cid Ruy Dias de Bivar e de la que venció seyendo de su sepultura».

«Del miraglo que Nuestro Señor mostro con un Judío que traúo de la barua del Cid estando muerto».

De tan rica cantera proceden los materiales de nuestra pobre construcción.

II

Innata bondad de Ruy Díaz de Vivar

De entrada, el historiador, cual si quisiera destacar las virtudes de héroe burgalés, le confiere condiciones de bondad de alma y nobleza de corazón y al rotular la narración incluye el apelativo de BUEN Cid

Ruy Dias de Vivar, y lo reitera en la epigrafía de varios Títulos para dejarlo bien reconocido y asentado.

Ser bueno en la segunda mitad del siglo XI, época en que Rodrigo de Vivar realizó sus proezas, era mérito tan excepcional que causaba el asombro de las gentes y merecía el privilegio de ser consignado en los poemas y perpetuado en el relato oral de los sucesos notables. Vivían los hombres para guerrear, moros y cristianos se mataban sin piedad, también lo hacían los caballeros entre sí, la menor ofensa reclamaba sangre, no recuperaba el honor una barba mesada sin que una lanza destrozase el corazón del ofensor o una espada cercenase, quien no mataba moría a manos de otro, no cabían sentimientos de piedad en aquél ambiente duro y peligroso. La clase noble no conocía la compasión hacia el prójimo y el desprecio de la vida ajena garantizaba su poder.

El Cid, no obstante, guiado de nobilísimos sentimientos y de su ardiente fe cristiana se propuso ser bueno y lo consiguió.

Noble de nacimiento, acostumbrado al brillo de la alcurnia más poderosa, señor de las vidas y haciendas de sus derrotados enemigos, no sucumbió a los imperativos de la crueldad y supo ser un campeón de la bondad.

Para que el mérito de Mio Cid quede bien enmarcado, vamos a reconstruir la prosapia de su linaje, según la relata Lope García de Salazar; quien después de afirmar que los castellanos se alzaron contra los leoneses y nombraron por alcaldes a Nuño Rasura y a Laín Calvo, dice que éste, burgalés de nacimiento, se casó con Doña Teresa, hija de Nuño Rasura, y al menor de los cuatro hijos del matrimonio, Bernuy Laynez, «sucedió de vno en otro Diego Laynes de Vivar que casó con doña Teresa fija del Conde don Rodrigo Alvarez de Amaya que era nieta del Rey de León fija de su fija bastarda a fiso en ella a este Rodrigo de Vivar que después llamaron CID».

Diego Lainez, en ocasión en que pasaba por Vivar «don Ferrando primero Rey de Castilla» convidó al Monarca quien conoció allí a Rodrigo, niño a la sazón de diez años de edad, y prendado de la inteligencia y apostura del pequeño dijo «que le quería criar en su cámara» y a tal efecto lo tomó «e diolo a doña Urraca su fija», con lo que el muchacho alcanzó una esmerada formación palaciega y religiosa.

Los años convirtieron a Rodrigo en joven arrogante, noble y fuerte que «començo a ser mucho valiente», incapaz de verse sojuzgado por caballeros comarcanos lo que le indujo a reñir con ellos duras batallas. Amplió sin cesar sus peleas a moros y a toda suerte de enemigos del Rey y llegó a realizar «grandes fechos que se cuentan por todos los

Reynos que no se falla ome que tantas batallas vençiese en campo como él e por eso fué llamado CID CAMPEADOR».

Jamás luchó el Cid por crueldad y nunca se ensañó con los vencidos, ya que por el contrario batalló por necesidad y perdonó con largueza,

A los veinte años de edad, «estando este Rodrigo de biuar en Río de Obierna que era su iredad» hubo de reñir batalla en campo cerrado con el Conde «don Gomes de Gormas e estando la batalla en peso mató con su lança este Rodrigo de Biuar al dicho Conde don Gomes e mató e prendió muchos de los suyos».

Para vengar la derrota, los Conde de Cabra, parientes del muerto, desafiaron al Cid y se lanzaron contra él «muy poderosos e vençiólos en el campo e mató muchos dellos e prendió al Conde don Garcia de Cabra que llamauan al Crespo e otros muchos e después soltólos a todos POR BONDAD.

Poco tiempo había transcurrido y Rodrigo hubo de enfrentarse con cinco Reyes moros que invadieron tierras de Castilla, pasaron por Burgos y llegaron a Montes de Oca. La pelea fué encarnizada, costó la vida a muchos moros. El triunfador «prendió aquellos çinco Reyes e otros muchos e tornó la caualgada a cuya era e lo otro que era de los moros leuolo a Vivar a casa de su madre e partiólo con todos los que fueron con él e como ellos fueron contentos SOLTO LOS ÇINCO REYES MOROS por que le juraron de ser sus basallos e de le dar sus parias».

A la bondad de Ruy Días correspondieron los moros pues al cabo de un año y cuando departía en Burgos con el Rey Don Fernando, llegaron cinco mensajeros que se acercaron a Rodrigo para besarle la mano y él mandó la besaran al monarca. Así lo hicieron y arrodillados después ante el caballero le dijeron humildemente: «Çid en el nombre de los çinco Reyes moros que tu prendiste en Oca e los soltaste e cata aquí sus parias que te envían». Quiso el héroe que el Rey tomase los presentes, pero éste dispuso que fuesen al triunfador a quien pertenecían por haberlas ganado en tan buena lid. Preguntó Don Fernando a los moros el motivo de llamar Cid a Rodrigo y le contestaron que en su tierra Cid equivalía a señor, «e dixo entonçes el Rey yo mando que de aquí adelante vos llamen Çide en todos vuestros fechos e vos los llamen todos e por esta causa fué llamado de allí en adelante CID».

Durante la estancia del Rey Don Fernando en Galicia, los moros penetraron en la Extremadura para saquearla, pero el Cid acudió a darles la batalla y los alcanzó entre Atienza y San Esteban de Gormáz «e vençióles e mató e prendió muchos dellos e tomoles mucho grandes

averes e lo que ERA DE CRISTIANOS TORNOLO A SUS DUEÑOS E LO QUE ERA DE LOS MOROS PARTIOLO CON LOS QUE CON EL FUERON EN LA BATALLA». Su bondad le inducía siempre a devolver los bienes rescatados a sus duños cristianos y a distribuir el botín de guerra entre sus fieles vasallos.

Siguieron batallas y triunfos y amaneció un día en que el Cid sostuvo encarnizada pelea con el Rey de Granada y con caballeros de Navarra y de Castilla que habían penetrado en el reino de Sevilla en ocasión de hallarse el héroe burgalés recogiendo los tributos que habían de rendir los vasallos del Rey don Alonso, «e venciólos en batalla cerca de Cabra e mató muchos dellos e prendió a García Ordoñez e a Fernan Sanches yerno del Rey de Nabarra e a Loyr Gonsales su hermano e a Don Diego Peras un gran cauallero de Castilla E POR PIEDAD soltó todos los cristianos».

De camino por el destierro hacia Valencia, trabò batalla con el Conde don Ramón de Barcelona, que era cristiano, y con el Rey moro de Denia, ambos al frente de aguerridas fuerzas de a pie y a caballo. El héroe presentó batalla en el llano, dió su bandera a su sobrino Pero Vermúdez y embistiendo al Conde de Barcelona lo derribó con la lanza «e luego fueron desbaratados los suyos e muertos e presos muchos moros e cristianos e fué preso este conde Don Ramón e CON PIEDAD soltólo con todos los cristianos».

El Rey don Pedro de Aragón en alianza con el Rey moro de Denia, para apoderarse del castillo de Alcolea y en un alarde de fuerza, enfrentaron al Campeador muchas compañías «demasiadas avnque el Çid se le avían recrecido e recreçian muchas compañías de Castilla por la su fama». Como siempre, venció el caballero castellano que prendió al Rey don Pedro de Aragón y al Obispo Don Lucas y al Conde don Sancho de Pamplona y al Conde don Nuño de Portugal y a Agustín Méndez y Nuño Sánchez, que eran de Galicia, y a Pero Suáres de León y al Abad de Sogorbe y Ramón Sánchez de Bernal y don Pero Ansures y don García Ansures y al nieto del Conde don Fernan Sanchez de Aragón y don Sancho García de Alcason y Basco Sánchez y Sancho Gomez Mayordomo del Rey y García Díaz y otros muchos caballeros cristianos «que pasaban de mil fijo dalgo cristianos de alta sangre e de grandes señores e el Çid CON PIEDAD E POR QUE ERAN CRISTIANOS soltólos con todos a estos caballeros cristianos».

Memorable fué también la batalla con el «conde don Beringuel e con el poderío del señor de Tortosa que tryan muchas gentes de catalanes e françeses e de moros que eran muchas compañías».

Comprendió el Cid que no podría vencer a todos ellos en una sola batalla y se valió de atinada estrategia para dividirlos en grupos «e los contrarios fisieronse tres partes e quedó el conde con los medios, e otro día dió el Cid sobre el e vençiólo e mató e prendió cinco mil franceses e después desvarató los otros e el conde con desesperación a pedimento de los suyos el mismo se vino poner en poder del Cid e **SOLTOLE CON TODOS LOS PRESOS**».

El Gran Sultán de Persia envió sus embajadores al Cid para que le hicieran entrega de grandes presentes, pues había oído hablar de las «grandes bondades del en el fecho de las armas e como nunca fuera vençido de moros ni de cristianos» y quiso tenerlo por amigo y aliado.

El almoraxarife del Cid, moro culto, entendido, leal y sincero, contestó a las preguntas que le hizo el mensajero del Sultán y a la referente a las condiciones del caballero del Sultán y a la referente a las condiciones del caballero declaró que era «buen cristiano e esforçado e franco e mesurado do devia e su palabra verdadera e **AMIGO DE AMIGO** e mucho sabio en el fecho de las armas».

El rey «don Alonso», al exigir a los Condes de Carrión cumplida reparación de la afrenta que habían inferido a las hijas de Rodrigo, proclamó en público la nobleza de su linaje y la bondad de su corazón y declaró que el Cid «viene de la más alta sangre de Castilla e demás que es el mas honrrado ome que ovo en el nuestro linaje».

Con razón Lope García de Salazar reitera el título de **BUEN Cid Ruy Díaz de Vivar**.

III

El acendrado sentimiento religioso del Campeador

Ofrecen «Las Bienandanzas e Fortunas» pruebas inconcusas de la fe recia e inquebranteble del Campeador en los designios de Dios. Sencillo y humilde creyente, el Cid encomendó sus empresas al dueño y señor de todo lo creado.

Trataremos de demostrarlo.

Los Reyes de Castilla y Aragón, disputaban sobre el señorío de la ciudad de Calahorra, que cada uno proclamaba ser suya y al fin «vernieron en concordia que la lidiasen dos caualleros e el que bençiese que la oviese su Rey». Nombró el de Aragón a Martín González «que era mucho valiente», y don Fernando designó al Cid de Vivar. La fiera pelea de tan dignos rivales fué presenciada por los dos reyes, que estaban juntos, y apenas comenzada Martín González, alzando la voz, dijo:

«Rodrigo mucho vos deue pesar que entraste conmigo en esta batalla que yo vos faré que nunca besedes a doña Gimena Gomes vuestra esposa en la boca que bos mucho amades».

El buen Cid, detuvo su caballo y, con tranquilo continente, repuso a su noble enemigo: «Martín González esas palabras no son para aquí e pues vos sodes buen caallero creed por las manos lo abedes a librar que no por palabras QUE TODO EL PODER ES DE DIOS».

Arrancó el castellano como una centella, y encomendándose a Dios, dió tantos golpes al de Aragón que no tardó en derribarlo del caballo «descabalgó e cortole la cabeça e ganó el rey don Ferrando la dicha çiudad de Calahorra».

Para librar del cerco de moros a San Esteban de Gormaz el Cid ibró sangrientas batallas y en persecución de los vencidos llegó a tierra de Toledo, donde obtuvo abundante botín de guerra. El rey de Toledo, Alimaymón, aliado del rey don Alfonso, se querelló contra Rodrigo. El monarca castellano envió por su vasallo y le dijo: «Cid, robaste al rey de Toledo seyendo mi aliado e mucho mi amigo e quebraste la Jura que yo le juré e por ende mandovos que salgades de mis tierras». El héroe se trasladó a Vivar, llamó a sus parientes y amigos y les comunicó el destierro que le imponía el rey, castigo que aceptaba sumiso y que pensaba cumplir en prueba de obediencia a su señor. Dejó en libertad a los que quisieron acompañarle en el destierro y a los que prefirieran quedarse les dió las gracias por cuanto en el pasado le habían ayudado y les dijo: «Quedad con LA GRACIA DE DIOS e con la mía».

Partió de Vivar con sus fieles seguidores y pasó cerca de Burgos, pero por temor al rey no le salió ninguno a recibir «e quedó en las guertas aquella noche» y al día siguiente se dirigió a San Pedro de Cardeña y dejó en el cenobio a su mujer e hijas, encomendadas al prior, es decir, en un lugar de recogimiento y fervor religioso, alejadas del mundo ambicioso y traidor y mucho más cerca de Dios.

Se fué ensanchando Castilla al paso triunfal de Babiaca, y al cabo de muchas gestas, Rodrigo consiguió cercar a Valencia «e tomola con muchos trabajos e gastos e combates e peleas e muertes a cabo de IX meses que la çercó». Los moros de la ciudad se convirtieron en vasallos del Campeador, expulsados a los arrabales, ya que el interior fué poblado de gentes cristianas a las que dió riqueza y bienestar, y llevó a Valencia a su mujer e hijas y a toda su parentela «e puso al noble don Geronimo por Obispo de aquella Cibdad con noble Clerencia e fiso la Mesquita mayor IGLESIA AONOR DE LA VIRGEN MARIA». El mismo Cid hizo allí suvida.

No fué tranquila la permanencia en Valencia y su conquistador se vió forzado a luchar encarnadamente contra poderosos ataques de Reyes moros que le cercaban para apoderarse de tan codiciada presa.

El Rey de Sevilla envió a Benaxa Miramolín con treinta mil de a caballo y muchas gentes de a pie, pero el Campeador cayo una madrugada sobre los sitiadores y destrozó huestes tan aguerridas.

Poco después el Rey Junes hijo de Miramolín de Marruecos llegó por mar, desembarcó cincuenta mil de a caballo y multitud de infantes y sitió la Ciudad. El castellano convocó a los suyos y les arengó con estas palabras:

«Parientes e amigos e mis leales compañías, bien sabedes el mucho trabajo que pasamos en tomar Valencia que la dió en nuestras manos a mucha honrra e **AQUEL QUE TANTO SE DOLIÓ DE NOS** nos dará esfuerzo e ardimimiento de la defender agora. Por esta muchedumbre de moros non deudes desmayar e por esto salgamos mañana a ellos e **CON MERCED DE DIOS VENCERLOS HEMOS**». Enardecidas las huestes cidianas mostraron alegría, prometieron cumplir su deber y afirmaron que no veían la hora de entrar en pelea. Llamó Rodrigo a «doña Ximena su muger e a doña Eluira e a doña Sol sus fijas e subiólas ençima de su alcaçar e por las mostrar el grand poderío de los moros, e como los vieron fuendo mucho turbadas e díxoles: fijas non vos espantades que **CON LA GRACIA DE DIOS YO LOS VENCERÉ** e con el mucho algo que ellos traen casare yo a vos otras honradamente». El choque fué espantoso y tras larga y dura batalla los moros fueron vencidos y destrozados.

La felonía perpetrada por los Condes de Carrión en sus esposas, las hijas de Ruy Díaz de Vivar, demandaba ejemplar reparación que fué exigida al Rey en las Cortes de Toledo, a las que acudió el Cid, acompañado de sobrinos y principales seguidores, que se presentaron al Rey «adereçados de corte e de guerra». Consultado el monarca sobre lugar que en la reunión había de ocupar el Campeador contestó: Es tal el Cid que si desea colocarse a mi lado podrá hacerlo, pues quien vence a Reyes junto a Reyes se debe sentar, a lo que Rodrigo replicó: «Señor **QUIERA DIOS** que yo me siente cabe vos pero asentarme he a los vuestros pies ca feçura e criança so del Rey don Ferrando vuestro padre e no **QUIERA DIOS** que yo me asiente a par de vos».

El burgales de pro pidió al Rey que los Condes de Carrión le devolviesen las espadas Colada y Tizona, que les había confiado cuando contrajeron matrimonio con sus hijas, a lo que accedió don Alfonso. Tomó el Cid ambas espadas y comenzó a razonar con ellas diciendo «a vos las mis espadas **FISO DIOS MERCED** en aver a mi por señor» y

ôs vuelvo a recobrar pues no os compré por precio sino por mucho derramamiento de sangre, que a vos mi espada Tizona os gané del Rey Junes de Marruecos cuando le vencí cerca de la ciudad de Valencia, le herí con mi lanza y se metió al mar, en cuyo momentos vos caisteis de la mano en que os traía. Y a vos Colada os gane del Rey don Pero de Aragón cuando lo vencí en batalla y lo prendí con el Conde Berenguer de Barcelona. Ambas sois las mejores que yo sepa.

Después se dirigió al Rey y dijo: Señor, muchas gracias sean dadas a DIOS e a vos» por haberseme entregado mis espadas.

Seguidamente el Cid relató la traición cometida por los Condea de Carrión y pidió autorización real para castigarles como cumplía a tan vil deshonor pues como ellos no habían sabido reconocer el bien que Dios y el Rey les habían dispensado al darles tan nobles esposas, se habían hecho acreedores a que el padre ofendido, «CON MERCED DE DIOS» y la venia del Rey acudiera a Carrión para forzarlee a descender de la honra en que estaban, y terminó de esta guisa «en manera que yo e mis fijas quedemos onrrados ca mejores omes que no ellos he yo vencidos e presos como entiendo faser a ellos e si esto no compliere de aquí me vos doy por traydor».

«Las Bienandanzas e fortunas» describen con todo detalle la forma en que los felones pagaron su vileza, al ser vencidos y muertos en combate singular por los sobrinos del Cid quien antes de partir para Valencia los llevó de la mano al Rey y le dijo: «QUE LOS ACOMENDAU A DIOS e a el».

Muertos los cobardes de Carrión y pronunciada contra ellos sentencia de culpabilidad por los nobles Jueces que el Rey había designado, quedó lavada la afrenta inferida al Cid y a sus hijas, a las que habían pedido en matrimonio Don Ramiro primogénito de Navarra y el Infante don Sancho de Aragón, todo lo cual dió gran alegría a Mio Cid que dijo a doña Jimena: «Agora qodemos casar nuestras fijas syn ningund embargo e demos GRACIAS AL NUESTRO SEÑOR». Así lo hicieron. De los nuevos matrimonios de Doña Elvira y Doña Sol, «sucedieron e suceden todos los Reyes de Castilla e de Aragón e de Nauarra que fasta oy an seydo e son especialmente del Rey don Ramiro de Nauarra e de doña Elvira su muger fija mayor ca doña Sol no ovo fijos que le morió luego el marido».

Firme en su fe hasta los últimos momentos de su vida, el Cid conoció, por revelación milagrosa, que había de ganar una batalla después de muerto y a pesar de que al mismo tiempo recibió el anuncio de su próxima defunción, se levantó del lecho «e fincó las rodillas en tierra dando muchas gracias AL SU CRIADOR E REDENTOR JESU-CRISTO».

IV

Protección del cielo al héroe burgalés

Relata Lope García de Salazar más de veinte feroces batallas que el Cid sostuvo y ganó. Jamás mordió el polvo de la derrota, no obstante haberse enfrentado a enemigos poderosos y haber lanzado sus hombres contra huestes mil veces superiores en número y mejor dotadas de pertrechos guerreros. Cuando Rodrigo, al frente de sus mesnadas, chocaba con las filas rivales, parecía centuplicar la fuerza de su brazo y se transformaba en huracán violento que derribaba cuanto se le ponía por delante, causando espanto en los enemigos que nunca pudieron resistir aquellas acometidas furiosas.

Sin duda Dios había señalado a Ruy Díaz un destino histórico y le otorgó especial protección, a la par que un valor sobrehumano y una fuerza incomparable.

Del amparo divino contienen las Bienanzandas elocuentes testimonios, que vamos a resumir conforme a la traza que seguimos en estas breves referencias.

Cuando los Reyes de Castilla y Aragón convinieron en someter sus discordias sobre la Ciudad de Calahorra al resultado de la lucha de sus caballeros el Cid de Vivar y Martín González, quiso Rodrigo preparar su espíritu para el singular combate y se fué en Romería a Santiago de Galicia. En el camino halló un leproso repulsivo que había caído en un terreno pantanoso, lleno de turba y cubierto de cesped, donde se hundía lentamente. Daba «voces que lo sacasen por amor de Dios a fué este Çid a el e sacolo e cabalgolo consigo en las ancas de su mula e metiólo en su pasada e él púsolo a comer consigo e echólo en su cama consigo». Por caridad cristiana, el caballero había atendido al leproso y le había cedido parte de su lecho. A media noche el Campeador sintió un tremendo resoplido por la espalda que salió por el pecho, despertó sobresaltado y vió con sorpresa que el pordiosero había desaparecido, «tornose a echar pensando que fuera aquello e pareciole vn ome de vestiduras blancas que le le dixo, Rodrigo que piensas, sabe que yo so Sant Lasaro que te aparací en figura de gafu e por que me feziste seruiçio por amor de Jesu Cristo él te a otorgado que cada ves que este bafo del resollo que yo te dí te veniere, acabarás a tu honrra quantas cosas començares por ende sigue el seruiçio de Dios». Dicho éste el aparecido dejó la cámara llena de mucha claridad y buen olor.

Cumplió Rodrigo la Romería y entró en batalla con Martín González, a quien derrotó como antes hemos visto.

Sin duda el Cid sintió al entrar en todos sus combates el fuerte soplo de San Lázaro y los acabó con éxito absoluto, cumpliéndose de de esta suerte el vaticinio del aparecido.

Desterrado el héroe por Don Alfonso, dejó en el Monasterio de San Pedro de Cardena a su mujer e hijas, abandonó el reino de Castilla y penetró en tierras de moros. Pasó revista a sus mesnadas y comprobó que sumaban trescientos caballeros hijodaldos y tres mil hombres de a pié, bien armados y valientes. Descansaba el Cid la primera noche en pais enemigo cuando «le apareció en sueños vn angel que le dixo que fuese adelante que LA GRACIA DE DIOS SERIA CON EL TODA SU VIDA».

En el año del Señor de 1095 «estando este noble varon Cid Ruy Diaz de Vivar en la Çibdad de Valençia a cabo de VII año que la gana"ra de moros» el Rey Bucar hijo de Miramamólin de Marruecos convocó «todas las tierras de Africa e Berbería fasta los montes Claros e a Montes de Varcas» y organizó una cruzada contra Valencia. Salvaron el mar treinta y seis Reyes moros y ochenta mil jinetes y multitud de guerreros de a pié que no podían ser contados, adoptando medidas el Campeador para defender la Ciudad, pero la intranquilidad le impedía dormir y solo pensaba en la forma de destruir aquella inmensa morisma que por momentos apretaba el sitio de la plaza. A media noche «apareçiole vn ome viejo cresco e cáno en la cámara con mucha claridad e buen olor e dixo duermes o velas Rodrigo». Preguntó el Cid que quien era el que así le demandaba y contestó: «yo soy San Pedro el Apostol que vengo a tí con otro mayor cuydado que ese en que tu piensas que te fago saber que de oy en 25 días saliras desde mundo por ende aparéjate para parecer ante él tu Señor a le dar cuenta de tus fechos». Después de anunciarle muerte tan próxima y consiguiente comparecencia ante el Tribunal de la Divina Justicia, el aparecido le vaticinó que después de muerto vencería en batalla a los moros sitiadores, gracia que Dios le otorgaba, como antes le había otorgado «que en toda su vida fuese vençedor de todas las cosas que començase».

Ordenó Rodrigo se cumpliera cuanto había dicho el Apóstol y dispuso que una vez muerto su cuerpo, embalsamado y con pertrechos de guerra, fuera colocado sobre su caballo al frente de los huestes que habían de salir de Valencia para romper el cerco.

El triunfo fué rotundo y el cuerpo del Cid continuó sobre el caballo y fué así trasladado, en largo caminar, hasta San Pedro de Cardena y las gentes al ver el cadáver lo tenían por maravilla y milagro. El

Rey fué a su enterramiento por honrarle, pero doña Jimena no le dejó enterrar «pusieronlo en su silla asentado vestido de sus paños e su espada tisona echada por el cuello e así estuo X años que lo sepultaron por que se le cayó la punta de la nariz.

Siete años después de la muerte del Cid, cuando se celebraba el aniversario y la gente asistía a la misa, entró un judío y acercándose al muerto que permanecía sentado en su silla, le miró a la cara y dijo: Este es el Cid de Vivar a quien nunca moro ni cristiano osó trabar la barba y yo se la trabare en este momento. Pretendió agarrar la barba del caballero pero Dios hizo el milagro de inspirar vida en Rodrigo que «puso la mano derecha en la espada e sacola quanto vn palmo e tan grande ovo el judío el espanto que danto voces cayo amortecido e llegando las gentes allí fallaronlo atordido e vieron al Cid la espada así sacada e marauillaronse». El judío contó lo sucedido y se tornó cristiano « e llamaronle Diego Gil» e hizo desde entonces muy santa vida sirviendo a Dios y al cuerpo del Cid.

Cuanto hemos rememorado, de la mano de Lope García de Salazar, permítenos afirmar que el bueno y cristiano Ruy Dias obtuvo en vida singular amparo de la Divina Providencia.

ANTONIO MARTINEZ DIAZ